



KOSYGIN REAPARECE EN PÚBLICO, CON KADAR Y BREZNEV.

KREMLINOLOGIA

El reloj de Moscú no está parado

Las especulaciones en torno a los acontecimientos interiores dentro del Kremlin aparecen continuamente en las páginas de los diarios occidentales, y nutren de fichas y preguntas los cerebros electrónicos de los departamentos especializados de «kremlinología» de Washington. Hubo, en primer lugar, una «desaparición» de Kosygin, tan insistente que Moscú tuvo que publicar una nota aclarando que ese se encontraba de vacaciones. Kosygin ha reaparecido en la estación de Kiev para recibir al húngaro Kadar. También estaba Breznev. Sobre Breznev se había especulado dos días antes: su nombre no figuraba en la firma del comunicado conjunto emitido tras las conversaciones con una delegación del Frente Nacional Checoslovaco. Está también el caso de los astronautas, o sea los disparos efectuados en el momento de la recepción de los hombres del espacio, tema que la especulación blandía como un atentado fallido contra los dirigentes soviéticos. Aparece luego la llamada «rehabilitación de Stalin», como consecuencia de unos artículos aparecidos en «Kommunist». La sensación general de los observadores occidentales, surgida ya en el momento de la invasión de Checoslovaquia, es que dentro del Kremlin se está desarrollando, como en casi todos los países del mundo, un enfrentamiento entre «duros» y «suaves», entre los partidarios de una nueva fuerza en el poder y los que creen, por el contrario, que el diálogo, la apertura, la multiplicidad de opiniones y la libre discusión pueden ser de mayor eficacia para el conjunto del país, de su proyección en el exterior y de sus relaciones, aunque perjudique a algunos personajes del «establishment». El diario americano «Herald Tribune» cree que «están pasando cosas extrañas» en el Kremlin y que el resultado puede ser «la víspera de un cambio de gobierno». Es el pronóstico de «La Prensa», de Viena, donde se escribe que «el pasado otoño, los observadores predijeron que la próxima primavera podría traer momentos críticos a causa de acontecimientos en Moscú», y dice que, aunque esto no se

pueda considerar más que como un simple pronóstico, «lo cierto es que ya no se pueden evitar algunas decisiones». Para otros observadores, principalmente para los correspondientes occidentales en Moscú, la situación es de «tregua», o, más bien, de suspensión. Se trata de examinar cuidadosamente los primeros actos de gobierno de Nixon, el resultado de sus conversaciones en Europa y las formas de apertura que haga hacia la Unión Soviética, para después designar el equipo que pueda conducir la política internacional. Como se sabe, las entrevistas llamadas «en la cumbre» son personales, y Nixon lo ha subrayado cuando, al comentar sus próximas negociaciones, ha dicho que las deseaba «cara a cara», sin más presencia que la de un intérprete. Es por lo tanto obligatorio para la URSS que cuando se celebre la entrevista con Nixon sea uno solo de sus gobernantes el que acuda a la cita, y no pueda transportar a ella una «dirección colegial» ni una «troika». Si la conversación se produjese ahora, sería Kosygin, por su cargo de jefe de gobierno —paralelo al de Nixon— el encargado de la entrevista. Pero, ¿es Kosygin o no es él el hombre indicado para dialogar con Nixon? Depende, sobre todo, del semblante que tenga Nixon, y aún no se conoce bien. Si el Kremlin encuentra que Kosygin no es el indicado, sería preciso un cambio de jefe de gobierno. Pero es indudable que no se trata solamente de la relación con Nixon lo que determina la política soviética, que tiene problemas mayores con la unidad del comunismo, los aliados disidentes, las relaciones con China, la situación de Oriente Medio, las aperturas en Europa occidental. El título del artículo de «La Prensa», de Viena, es significativo: «Ningún reloj está parado». Los movimientos, más o menos misteriosos, que se observan en el Kremlin, parecen indicar ese deseo de que su reloj político marche de acuerdo con los horarios del mundo, y no cerrarse en el inmovilismo. El problema esencial, por el momento, parece ser el de averiguar cual es la hora real del mundo, si es que hay una. ■ J. A.

ESPIONAJE

Allen, el viejo puritano

La famosa CIA fue una creación de Truman, y Truman se la encargó a una persona: Allen Welsh Dulles que, desde 1942, llevado a interesarse por el espionaje por razones de guerra, había creado una excelente red en la Alemania Nazi. Un severo, austero y rígido pastor presbiteriano tuvo en los últimos años del siglo pasado dos hijos. Uno iba a ser secretario de Estado —John Foster Dulles—, el otro el jefe de un departamento de contraespionaje que pronto se convertiría en un organismo de intervención de los Estados Unidos en el exterior. Ambos trasladarían la rigidez paterna y el sentido del puritanismo y de la misión sobrehumanos a la política exterior de los Estados Unidos, y la configurarían durante muchos años. Fueron protagonistas de la guerra fría. La idea que Allen tenía del agente secreto estaba muy lejos de la imagen que ofrece la literatura popular. No deseaba que bebieran ni fumarán, y las aventuras amorosas le causaban un sincero horror y una profunda pena. No sólo el espionaje, sino las acciones subversivas clandestinas (como las que produjeron la caída del primer ministro Mossadeq en Irán, cuando quiso privar del petróleo a las compañías angloamericanas, la del Presidente Arbenz de Guatemala que intentó disminuir los poderes de la «United Fruits», o el intento de invasión de Cuba por la Bahía de los Cochinos, que fracasó y precipitó el final del imperio de Dulles) le parecían morales, mientras consideraba inmoral que un agente de la CIA pudiera vivir con una mujer con la que no estaba casado. Algunos de los fracasos de Dulles fueron considerablemente expuestos a la luz

pública. Uno de ellos fue el del famoso avión espía «U-2», aparentemente invulnerable, pero que fue derribado por los soviéticos con un disparo impecable, que dejó en vida a su piloto Powers, y en condiciones de declarar, lo cual permitió a Krushev, mediante un acto de propaganda política de gran estilo, situar a Eisenhower en una incómoda situación de inferioridad cuando iba a comenzar la conferencia de los Cuatro Grandes en París. Otro fue el desembarco en Bahía de los Cochinos, que permitió a Kennedy despedirse con estas palabras: «Según las costumbres británicas, yo tendría que dimitir después de lo que ha pasado. Pero según nuestras costumbres, me temo que el que tenga que dimitir sea usted». En su lugar colocó a John McCone, lo cual no impidió que siguieran surgiendo algunos escándalos de la CIA, como el descubrimiento de que estaba subvencionando a organizaciones estudiantiles y culturales extranjeras con fines subversivos, y algunas organizaciones del mismo tipo dentro de los Estados Unidos, lo cual hacía suponer que el gran intervencionismo de la CIA no tenía bastante con los países extranjeros y comenzaba a gobernar el interior del país. Retirado, Dulles seguía dedicando varias horas al día al espionaje «amateur», realizando una antología de novelas de misterio y redactando sus memorias de espía. La muerte —la nueva gripe, complicada con neumonía— le ha sorprendido a los setenta y cinco años de edad. Illia Ehrenburg había escrito que si Dulles llegaba alguna vez al cielo, sería «haciendo estallar las nubes, mirando las estrellas y asesinando a los ángeles».

PROCESO SHAW

Jaqué a la «Comisión Warren»



SHAW Y EL JUEZ HAGGERTY, EN NUEVA ORLEANS.

Al cabo de más de cinco años del asesinato de John Kennedy —y de más de dos años de investigaciones— el fiscal Garrison consiguió, finalmente, sentar en el banquillo de los acusados a Clay Shaw, responsable, según la acusación, de conspiración en el asesinato de Dallas. El informe del fiscal de Nueva Orleans arranca del testimonio de un tal Perry Russo, quien, hace ahora aproximadamente tres años, declaró a Garrison que Clay Shaw, utilizando el seudónimo de Clay Bertrand, conspiró, junto a Oswald y David

Ferrie, para matar al entonces presidente Kennedy. De acuerdo con la versión de Garrison, David Ferrie —en su condición de piloto civil— estuvo encargado de dirigir la fuga después del atentado. La investigación empezó a complicarse cuando, pocas semanas después de ser sometido a interrogatorio por el personal de Garrison, Ferrie fue encontrado muerto en su domicilio. El proceso —que se encuentra actualmente en la fase de elección de jurado— puede servir para demostrar la falsedad del informe defi-